

SAN ANDRES: Despues de colocado sobre su ara estará el Señor en ella física y realmente como en un trono de magestad y de gloria, y como en un tribunal de piedad y misericordia.

XXXVIII. DE LA CONCEPCION DE NUESTRA SEÑORA: Fué feliz en su Concepcion: y de aí proviene nuestra verdadera felicidad.

XXXIX. DE SAN NICOLAS DE BARI: Tanto acreditó su esfuerzo en defender á su Señor perseguido; como su zelo despues en aumentar la gloria de su nombre.

XL. DE SAN ESTÉVAN: Es enviado del Señor á los Fariseos: pierde la vida en el empeño, y corona con la muerte la embaxada.

XLI. DE SAN JUAN EVANGELISTA: Amor que Jesus tuvo á San Juan: amor que San Juan tuvo á Jesus.

XLII. DE LOS SANTOS INOCENTES: Fué igual la misericordia de Dios á la crueldad de Heródes: en recompensa de la vida mortal que les quitó un Tirano, les dió el Señor una inmortal corona.

XLIII. DE GRACIAS EN EL DIA CENTENAR DE LA FUNDACION DE LA CONGREGACION DEL ORATORIO DE VALENCIA: El Señor ha sido engrandecido en ella; reyna espiritualmente, y se muestra inclinado á mantenerla.

XLIV. DE LA NEGACION Y LÁGRIMAS DE SAN PEDRO: Pedro muy fiado de sí negó á Jesu-Christo: desconfiado de sí y asistido de Dios lloró amargamente su pecado.

XLV. DE ROGATIVAS Y DESAGRAVIOS: Gravédad de la injuria que ha hecho al Señor el sacrilego ladrón del Sacramento de su cuerpo y sangre: obligacion que tenemos de sentirla y de satisfacerla.

XLVI. DE LAZARO: Infelicidad y miseria que contrae el que pecando se acostumbra á pecar: inefable misericordia que Dios usa con él restituyéndole á la vida de la gracia.

XLVII. DE LA FERIA SEXTA DESPUES DE CENIZA: De la mansedumbre y clemencia.

XLVIII. DE LA MISMA FERIA: Del amor de los enemigos.

SER-

SERMON XXIV.

DE LA SANGRE

DE NUESTRO SEÑOR JESUCHRISTO. (*)

Unus militum lancea latus eius aperuit, & continuo exiit sanguis & aqua. Ioan. c. XIX. v. 34.

I Toda la historia evangélica, que escribió el evangelista san Juan, es un hermoso tejido de prodigios y maravillas. En ella como en un teatro se nos representa la Magestad de Christo ostentando su omnipotencia. Ya al imperio de su voz recobran en un instante la salud todos los enfermos de Jerusalem: ya con el contacto de sus manos restituye la vista á los ciegos: ya resuscita difuntos hediondos: ya con autoridad soberana lanza ó arroja los demonios de los cuerpos que los poseian: ya aplaca la furia de los vientos, y sosiega las borrascas del mar: ya se pasea sobre las aguas, y hace que sus discípulos caminen sobre ellas. ¡Representacion por cierto alegre y admirable! Para hacer creibles y verosímiles los prodigios que nos propone, no se detuvo el evangelista en aseverarlos, ó en señalar testigos. Porque habiendo prevenido en el principio de su evangelio, que Jesu-Christo era el hijo de Dios, el Divino Verbo encarnado, pensó que nadie podia dexar de creerlos. La misma divinidad era eficaz argumento pa-

Tom. II.

A

ra

(*) Predicado en Valencia en la Capilla del huerto de Ensendra al Gremio de los Sogueros, en el día 8. de Julio de

1739.

ra persuadir aquellos portentos: porque no es maravilla que el Omnipotente obre maravillas.

2 Pero quando llega á referir en las cláusulas del evangelio que habeis oido la pasion y muerte del Dios hombre, se suspende, interrumpe la narracion para ratificar su dicho, asegurando que fué testigo de vista: *Et qui vidit testimonium perhibuit, & verum est testimonium eius*¹. Porque aqui la Divinidad podia ser motivo razonable para no creerlo. ¿Dios, á cuyo impulso se mueven los cielos y todas las criaturas, inmóvil, clavado á una cruz? ¿Aquel que produjo las fuentes, y da curso á las aguas, sediento? *Sitio?* ¿El inmortal Señor de la vida, muerto? *Tradidit spiritum?* Si: san Juan lo atestigua, y es infalible su testimonio: *Et verum est testimonium eius*. Despues de indecibles tormentos murió, señores, Jesu-Christo, del mismo modo que mueren los demas hombres. Su santísima alma se separó del cuerpo. Faltó la union física con que estaban unidos el cuerpo y el alma; pero no la union hipostática de entrámbos con la naturaleza Divina. Quedó el cuerpo sin vida y sin alma, unido con la Divinidad, mientras unida con la misma baxó el alma al limbo. Disolvióse el sagrado vínculo entre el cuerpo y alma, y el que ántes era Dios y hombre, quedó pendiente de una cruz Dios y cadáver. ¡Triste espectáculo! Suspende, admira y enternece considerar frio é inmóvil aquel corazón, que fué la fragua del fuego de amor, y el primer móvil de la piedad. Sin aliento aquel pecho centro de la fortaleza y depósito del poder. Sin movimiento aquella lengua, cuya voz era el asombro del abismo, y la alegría del cielo. Hundidos, cerrados aquellos ojos, que como las dos lumbreras mayores del firmamento alumbraban el universo. Feo y aun espantoso aquel rostro, que era la delicia del Padre, y el embeleso de los ángeles. Descoyuntado y lleno de llagas, horror y sangre aquel hermoso cuerpo, que formó el Espíritu San-

¹ Ioan. c. xix. v. 35.

Santo en las entrañas de María Señora nuestra: conmuevase la tierra hasta su centro, ábranse los sepulcros, pártanse de por medio las piedras: obscurézcanse sol, luna y estrellas; y los judíos autores de esta tragedia mueran del dolor de haberlo sido. ¡Mas ay! que son mas insensibles que lo insensible. No se ablandan sus duros obstinados corazones. Extienden su atrocidad mas allá de los términos de la vida del Señor. Buscan un bárbaro soldado, que ciego á la piedad, con un bote de lanza abra el costado de nuestro Redentor: *Unus militum lancea latus eius aperuit*. ¡Santos cielos! Continúe el eclipse de vuestros astros. ¡Tierra! Auméntese el terremoto; porque ingeniosa la impiedad añade un nuevo inaudito dolor á los inmensos dolores del Criador: *Super dolorem vulnerum meorum addiderunt*¹.

3 No pudo el Señor, es verdad, sentir la herida que abrió en su costado la lanza, porque la muerte le privó del sentimiento. Pero previendo ántes el golpe, anticipó el dolor, clamando por la boca del Real Profeta, que este habia de ser el mayor y el último de sus dolores: *super dolorem vulnerum meorum addiderunt*. Contempló en aquella herida los excesos de la saña é inhumanidad de los judíos, que como bestias carnívoras habian de cebarse en su cuerpo ya difunto. Consideró que aquella cruel lanza que habia de herir su costado, era la espada, que en cumplimiento del vaticinio de Simeon, traspasaria el alma de su madre: *Tuam ipsius animam pertransibit gladius*. Así lo entiende² san Anselmo; así nos lo enseña san Bernardo. Y como el corazón de María era la parte mas sensible y mas delicada de Jesus, el dolor de aquella herida sobrepujó á todos los dolores. Antes se partian las penas entre la madre y el hijo; ya quando no puede el hijo sentir las, todas cargan y oprimen á la madre.

¹ Psal. lxxvii. ² S. Ans. y S. Bern. de Pass. Dom.

4 Apartad, señores, la vista de Jesu-Christo muerto en la cruz, para fixarla al pié de ella en María Señora nuestra. Allí cuenta una por una las llagas de su amado hijo, para trasladar á su corazon la pena de todas. Allí gime, suspira y llora amargamente. Allí se extremece al ver la furia con que aquel soldado vibra la lanza contra el costado de Jesus, y quedando como muerta al rigor de una mas que mortal afliccion, merece la corona de reyna de los mártires. Allí recoge en un lienzo la sangre que sale del costado, para ofrecerla mezclada con sus propias lágrimas al eterno Padre, en precio de la redencion del mundo. Bien pudiera al ver en sus manos derramada aquella noble porcion del fruto de sus entrañas, irritarse contra la crueldad de los hombres: pero su piedad y misericordia no dexan lugar á la ira. Se compadece de la miseria de los hijos de Adan, y como olvidada de sus penas, y de su desamparo, los toma baxo su amparo y proteccion. En la persona de Juan los adopta por hijos: *Ecce filius tuus*; pasando gustosa, de ser madre de Dios á ser madre de desamparados. Allí al pié de la cruz, desempeña el renombre de Madre nuestra con los extremos del mayor cariño. Derramara toda la sangre de sus venas, si para sacarnos de la esclavitud del demonio no bastara el infinito precio de la de su hijo. ¡O felices nosotros en tener tal Madre! ¡O Madre piadosa! Nunca os contemplo mas llena de gracia, que quando os miro bañada con la sangre de vuestro hijo: porque Vos fuisteis la que de mas cerca y mas de lleno participasteis de su infinita virtud y eficacia. Nunea os contemplo mas propicia y benigna con nosotros, que quando advierto, que el Señor, derramando sobre Vos su sangre, os hace como depositaria del inmenso tesoro de sus merecimientos, para que liberal distribuyais entre ellos las riquezas de su gracia. Experimenten, pues, vuestra liberalidad mis oyentes, que desamparados os invocan Madre suya, mientras tributan estos cultos á la preciosa sangre de

vuestro buen Jesus. Y para excitarlos á su mayor veneracion logre yo la gracia de que necesito, y que imploro por vuestro medio, diciéndoos con el ángel: *AVE MARIA.*

5 **N**o os parezca, señores, ageno del asunto de mi oracion el exórdio que habeis oido. Porque siendo este de la sangre nuestro Señor Jesu-Christo ¿podia dexar de acordaros los tormentos de su pasion y muerte? ¿No fuéron sus llagas las fuentes que manáron los preciosos raudales de su sangre? Hasta la última gota, segun nos dice el evangelista, salió por la herida que abrió en su costado la lanza: *Continuo exivit sanguis & aqua.* Y así no podia separar de la festividad de este dia la memoria de la pasion del Señor, que sin duda os habrá contristado y afligido. Pero no me pesa, os diré con san Pablo; porque entiendo que esta tristeza ha de moveros al arrepentimiento de vuestras culpas, que diéron motivo á tantas penas: *Gaudeo quia contristati estis ad pœnitentiam*; y ha de excitaros á la correspondencia del infinito amor de Jesu-Christo, que con tanto dolor quiso derramar su sangre por redimirnos. No me pesa, digo: porque ¿que otra cosa debo desear mas, que el que aborrezcais el pecado, y ameis á Dios? Por eso continuaré mi oracion, ponderándoos en toda ella la gran fineza y beneficio, que nos hizo el Señor, en derramar su sangre por nosotros, para que reconocidos procureis no malograr vuestra dicha.

Primera parte.

6 **N**o es ménos imposible, decia el señor santo Tomas de Villanueva¹, ocultar el fuego del amor, que

¹ S. Th. de Vill. *Serm. de S. Magd.* p. 247.

que las luces del sol. Luego que prende en la voluntad, se descubren sus llamas. Apenas produjo Dios al hombre á su imágen y semejanza, quando enamorado de su hermosura manifestó su benevolencia. Llenóle de bendiciones. Dividió con él, el dominio de las criaturas, sujetándolas á su obediencia: *Subiicite terram & dominamini universis animantibus, quæ moventur super terram*¹. Y como que se despojó de su soberanía, dignándose de tratar con el hombre inocente, segun nos enseña san Agustin, con aquella misma familiaridad, que con sus ángeles. Diriais, que siendo el empireo la corte de su Magestad, era el paraiso su real deliciosa casa de campo. Y aun quando mas ofendido de la infiel ingrata rebeldía del hombre, no pudo, ó no quiso ocultar del todo el amor que le conservaba. Reconocia que, aunque pecador no dexaba de ser obra de sus manos, imágen y participacion de su bondad, y con estos respectos le amaba. Pero al mismo tiempo, viendo la fealdad de su culpa, le aborrecia: unas veces se manifestaba ayrado, otras tantas cariñoso. Ya no era familiar con los hombres su comunicacion; pero entre sueños, nubes y velos se dexaban oír de los oídos de los profetas las voces de la Divina benignidad, paraque pasando por sus bocas al resto de los mortales, uno que otro, recobrando la inocencia, se hiciese digno de ser amado.

7 Así por espacio de muchos siglos se mantuvo el Divino amor violento, digámoslo así, oculto con el disfraz de la mas justa indignacion, hasta que llegando el tiempo predefinido apareció de golpe y de lleno toda su fuerza y benignidad. *Apparuit benignitas Salvatoris*. La persona del Divino verbo se unió á nuestra naturaleza con un vínculo de amor indisoluble, ó como se explica el angélico doctor santo Tomas, se desposó espiritualmente con ella. Y como el matrimonio lleva consigo una mutua comunicacion de bienes y de males;

¹ Gen. c. i. v. 28.

les; al mismo tiempo que la naturaleza humana logró las prerogativas de Divina, esta cargó con las miserias de la humana. ¿Y que miserias? No será fácil ponderarlas. La muerte de todos los hombres hubiera sido mal ménos sensible, que el que padecía entónces su naturaleza: porque la universal dura esclavitud de todos era una pena mas acerba que la muerte. ¿Quantos pueblos enteros, pospusieron la vida á la libertad? Están llenas las historias de estos exemplos. A la vista tenemos á Sagunto, cuyos ciudadanos, no pudiendo ya resistir los avances del formidable ejército cartagines, quisieron perder ántes la vida que la libertad. Españoles fueron tambien los Numantinos, que eligieron morir por no quedar esclavos de los Romanos. Hasta el Espíritu Santo nos da á entender que es la esclavitud de peor condicion que la muerte. Pues quando lloraban los Israelitas á su amado rey Iosias muerto en una batalla, les mandó por Jeremías, que suspendieran las lágrimas, y que las guardaran para llorar la desventura de su hijo, que habia de quedar esclavo del rey de Babilonia.

8 Pero aunque no fuera esto verdad, no podriais negarme que la esclavitud de que hablo era mas penosa que la muerte; porque era el demonio el fiero tirano dueño de los hombres, siendo los pecados las duras cadenas que les oprimian: siendo los infiernos los calabozos, ó mazmorras á que nacian condenados. La esperanza de la libertad era ninguna; porque nadie tenia caudal para redimirse de la esclavitud. Nadie podia desagraviar á Dios justamente irritado contra el género humano, por la injuria infinita que le hizo Adan su primer cabeza. Nadie podia pagar la deuda que de padecer penas eternas contraxo su primer Padre. ¿Puede darse mayor miseria? ¿Puede discurrirse fineza mayor que la que hizo el Divino esposo de unirse ó desposarse con esta infeliz naturaleza, tomando á su cargo satis-

Jerem. c. xxii. v. 10.

tisfacer sus culpas, y pagar sus deudas con la sangre de sus venas?

9 El Padre eterno á nuestro modo de entender representó á su hijo el deplorable calamitoso estado del género humano, y la voluntad que tenia de librarle. Bien pudiera él perdonar las culpas de los hombres, restituirles á su amistad y gracia, y darles la gloria. Pero para mayor prueba de su benignidad quiso que esto se executara en términos de justicia. Quiso que su hijo comparciera ante su tribunal con el traje de hombre y reo, para ser condenado á satisfacer las deudas de los hombres, quedando de esta suerte obligado á perdonarlas. Ofrecióse gustoso el hijo á cumplir la voluntad de su Padre, y á darle el precio por la libertad del hombre. ¿Y que precio, señores, os parece que se concertó entre el Padre y el hijo? ¿Había este de darle el oro y plata que producen las minas de Ofir, ó las perlas que arroja el mar de Arabia? ¿Había de entregarle tantas ciudades, reynos y provincias, como ofrecia Dario á Alexandro por la libertad de su muger é hijas? ¿O había de darle las estrellas, los planetas, y los ángeles del cielo? Nada de esto bastaba. Ni todo junto puede compararse en el valor con el precio que quiso dar Jesu-Christo por los hombres: su preciosa sangre fué la moneda con que compró su libertad: *Non corruptilibus auro vel argento*, decia san Pedro, *redempti estis de vana vestra conversatione paternæ traditionis, sed pretioso sanguine, quasi Agni immaculati Christi, & incontaminati* ¹.

10 No hay duda que condignificando la persona del Verbo todas las oraciones de Jesu-Christo, qualquiera merecia el perdon de las culpas de los hombres, qualquiera podia satisfacer llenamente sus deudas; pero una vez que tomó á su cargo la satisfacion de ellas, quiso pagarlas con el infinito excesivo precio de su sangre, para hacer ostentacion de su magnanimidad, y de su amor.

¹ I. Petri. c. 1. v. 18.

amor. Las lágrimas que derramó la Magestad de Christo en la muerte de Lázaro fuéron una prueba evidente de lo mucho que le queria: *Lacrymatus est Iesus* ¹. Luego que los judíos le viéron llorar dixéron: veis aí claramente quanto le amaba: *Dixerunt Iudæi: Ecce quomodo amabat eum*. Y al ver ellos mismos la sangre que derrama por la eterna muerte de sus almas, ni corresponden á su amor, ni aun conocen el beneficio. ¡Ciegos ingratos! Dexadles, señores, en su infiel ingratitud, y oid al Príncipe de los apóstoles, como confundido se escusa de que el Señor le lave los pies, diciéndole. *¿Domine, tu mihi lavas pedes? ¿Vos, Señor, hijo de Dios vivo, Príncipe de la eternidad, rey de los siglos, y dueño de la gloria habeis de lavar los pies de un pecador miserable, que es la escoria del mundo? ¿Vos que estais sentado sobre las alas de los chérubines, y teneis á la tierra por alfombra de vuestros pies, habeis de postraros á mis pies? ¿Tu mihi? ¿Como? Esas manos hechas á torno, adornadas de jacintos, que sustentan á los ángeles, mueven los cielos y los elementos, han de lavar mis pies? Tu mihi lavas pedes? Y al decir esto, asombrado y como fuera de sí, segun nos refiere san Agustin, levantándose, empezó á correr por el cenáculo y á gritar: No ha de ser: no he de permitirlo: *Non lavabis mihi pedes in æternum* ². Detente Pedro, vuelve en tí, recóbrate: confieso que es excesiva esta fineza del amor de tu Divino Maestro; pero es sin comparacion mayor la que está para hacerte. Ahora lava tus pies con agua, mañana lavará tu alma, y las de todos los hombres con su preciosa sangre. Esta maravilla debe llenar las medidas de tu admiracion. Esta fineza ha de ser el asunto de tu agradecimiento, y del nuestro.*

11 En el baño de la sangre de Jesu-Christo, decia san Pablo, insigne predicador de sus misterios, se limpian nuestras conciencias de todas las inmundicias: *San-*
Tom. II. B *guis*

¹ Ioan. c. xi. v. 35. ² Aut. Serm. Frat. in Erem. 8.

guis Christi emundabit conscientias nostras ab operibus mortuis. Los sacramentos son como unos canales, por donde se nos comunican los saludables efectos de la sangre del Señor: de ella participan la virtud y eficacia que tienen para causar la gracia en nuestras almas. Y así cada vez que recibimos algún sacramento, puede decirse, que de nuevo derrama Jesu-Christo su sangre sobre nosotros; con la qual el alma se lava las manchas de la culpa, consigue la salud perdida; se hermosea con el candor de todas las virtudes, se inflama con las llamas de la caridad, y sale mas resplandeciente que el sol y las estrellas. ¿Que hermosa nos describe san Juan en su Apocalipsis á la ciudad de Jerusalem, viva representacion de la Iglesia de Christo! Al verla embelesado no supo apartar los ojos de ella; juzgóla baxada de los cielos, y no tuvo á quien compararla, sino á la esposa adornada del mismo Dios, á satisfacion de su esposo: *Vidi civitatem Sanctam, Jerusalem novam descendentem de caelo, á Deo paratam, sicut sponsam ornatam viro suo*¹. Pues toda esta belleza, señores, la atribuye Orígenes á la prodigiosa virtud de la sangre del Señor, movido de aquellas palabras, que con espíritu profético pronunció Jacob, hablando de Jesu-Christo: *Lavabit in vino stolam suam*². Lavará con vino su estola, siendo esta su Iglesia lavada y hermoseada con su preciosa sangre.

12 Aspirad, señores, ya que teneis la dicha de ser miembros de la Jerusalem, ó de la Iglesia de Jesu-Christo, aspirad á conseguir una belleza y un esplendor, con que no solo igualeis, sino que excedais á los ángeles. Lavaos en esta divina sangre. Anhelad á adquirir el reyno de los cielos con las poderosas armas de la sangre del Señor, que dá cetros y coronas. Los santos coronados en el cielo van diciendo al Salvador: *Redemisti nos Deo in sanguine tuo, & fecisti nos Deo nostro regnum.* Nos redimisteis, Señor, con vuestra san-

¹ Apoc. c. xxi. ² Gen. c. xlix. v. ii.

gre y nos diste un reyno, no de aquellos que están expuestos á la contingencia de perderse: no de aquellos, cuyas insignias al mismo tiempo que adornan, gravan y afligen: no de aquellos, cuya limitada mal sufrida magestad no sufre compañía. Nos diste, dicen, un reyno eterno: un reyno, cuya soberanía no se disminuye con la comunicacion; porque no envidiamos la agena felicidad, siendo inmensa la de cada uno de nosotros, siendo la corona de la gloria que ciñe nuestras sienas de un precio infinito, siendo el manto regio que nos adorna de púrpura teñida con vuestra sangre.

13 Son y serán innumerables los justos que bañados con la sangre de Jesu-Christo entrarán en los cielos á poseer el reyno de la gloria, sin que pueda temerse que se agoten sus raudales; porque son inagotables. Solo la que derramó el Señor en su circuncision bastara para inundar el mundo de felicidades. Entónces empezó á dar á su eterno Padre el precio de la libertad de los hombres: entónces empezó á pelear con el demonio su tirano dueño; é inflamado en el ardor de la batalla, no supo salir de ella, hasta derramar la última gota de sangre. Al primer reencuentro pudo vencer al demonio; pero ya no era su empeño este, sino el de vencer á los hombres con finezas. Sudó sangre en el huerto de Gethsemaní, derramó sangre al rigor de los azotes, y en el árbol de la cruz por las quatro fuentes de sus pies y manos, como por otras tantas fuentes arrojó copiosos raudales de sangre. Y aun mas: siendo así que la sangre con la muerte naturalmente se quaxa y congela; el fuego del amor de Jesus á los hombres liquidó la poca que quedaba en sus venas, para derramarla por la herida del costado: *Continuo exivit sanguis.* ¡O ardor inextinguible! ¿Que frio corazon no ha de inflamarse á las llamas de este fuego? ¿Que bárbaro ingrato pecho no ha de rendirse á la fuerza de tanto beneficio?

14 Quando yo me viera exáltado en una cruz, decía el Señor por el evangelista san Juan, atraheré á

mí todas las cosas: *Ego si exaltatus fuero á terra, omnia traham ad me ipsum* ¹. Entonces Jesus ha de ser como el iman, que atrayga las voluntades mas duras que el hierro, no por alguna oculta simpática qualidad, como la creyeron los aristotélicos en aquella piedra, no por los esfluvios imperceptibles del sentido, que fingen en ella los modernos, sino por los esfluvios de sangre que derrama, y percibe la vista. Sus gotas han de ser eslabones de una cadena, con que nos ha de atar á todos á la cruz: pues con su fuerza ha rompido la dura cadena con que nos aprisionaba el demonio. Si, Dios mio, con suave violencia me voy corriendo hácia Vos. Me reconozco esclavo vuestro. Y al veros en la cruz ensangrentado, os aclamo vencedor del demonio, y dueño amoroso de nuestras almas, miétras los gentiles os miran con oprobio, y los judíos como escándalo. Y si los ángeles al verle subir á los cielos, atónitos me preguntan por la boca de Isaías: *¿ Quis est iste qui venit de Edom tinctis vestibus?* ² ¿ Quien es este que viene de Edom teñidos con sangre sus vestidos? Les diré, que es el mismo Dios que tomó el nombre de los exércitos, y de las batallas, nunca mas vencedor, que quando parece vencido. Les diré, que reparen en la púrpura y rubies que le adornan, y conocerán ser el rey de la gloria. Les diré, que miren á los patriarcas, á los profetas, y los antiguos justos que le acompañan, y viendo en sus frentes el roxo señal, que les exíne del rigor del ángel exterminador, conocerán que es el Mesías prometido á los patriarcas, vaticinado de los profetas, y deseado de los justos. Les diré. Mas no, que bien lo saben: lo preguntan, en sentir de san Gerónimo, no ignorantes, sino asombrados: *Interrogant Angeli rei novitate perterriti*. Porque son testigos de vista, de que el Señor entrando por las puertas de los cielos, y puesto en la presencia del eterno Padre, le descubre sus llagas para moverle á piedad con los hombres, le entrega su

¹ Joán. c. xii. v. 31. ² Isai. c. lxii.

sangre en precio de su libertad que compra, y le conviene con la obligacion de perdonar las deudas de los hombres. Los ángeles viéron, como nos refiere san Juan, que el cordero sin mancha muerto rompió los sellos, abrió el libro de la vida para escribir en él los nombres de los redimidos: y al verlo, confesáron que era digno del poder, de la fortaleza, de la sabiduría y de la divinidad: que era digno de ser honrado, glorificado y obedecido por toda la eternidad: *Dignus est Agnus accipere virtutem & divinitatem, & sapientiam & fortitudinem, & honorem, & gloriam, & benedictionem* ¹. Y no pueden los ángeles recusarse por sobornados; porque no participáron de la eficacia de la sangre del cordero, todo su fruto le percibiéron los hombres. Pero gozosos de la felicidad de los que entraban á ser compañeros suyos en la gloria, cantaban himnos y alabanzas al Redentor de los hombres, miétras estos á los cánticos añadian las mas rendidas gracias: *Cantabant canticum novum, quoniam redemisti nos Deo in sanguine tuo*.

15 A imitación pues de aquellos célestiales espíritus, celebremos con cánticos nuestra dicha. A imitación de aquellos justos bienaventurados, agradezcamos el beneficio de nuestra redencion. Procuremos obedecer y servir á nuestro Dios y redentor. Si bien lo miramos, no tenemos libertad para dexar de hacerlo: porque no somos nuestros, decía san Pablo, somos de Jesu-Christo, que nos ha comprado con su preciosa sangre. Nuestro corazon, nuestro cuerpo, nuestra alma, nuestra vida, nuestras riquezas, nuestra honra, todo en suma es de Jesus. Sin manifiesta injusticia de nada podemos disponer contra su gusto. Como esclavos suyos todo debemos emplearlo en su obsequio. Y no será difícil merecer su agrado: porque se contenta con que meditemos el amargo cáliz de su pasion. *Quid retribuam Domino*, preguntaba David ², *pro omnibus quæ retri-*

¹ Apoc. c. v. v. 13. ² Ps. cxv.

tribuit mihi? ¿Que daré yo al Señor por los muchos beneficios que le debo? Y el mismo responde: *Calicem salutaris accipiam.* Meditaré vuestro caliz, lleno de la sangre que derramásteis en vuestra pasión; y enternecido y devoto invocaré vuestro santísimo nombre: *Et nomen Domini invocabo.*

16 Meditad pues, christianos, con frecuencia los tormentos que padeció el Señor en su pasión, contemplad la sangre que derramó en ella. Con esta meditación se enternecerán vuestros corazones, se inflamarán vuestras voluntades en el fuego de caridad, y conociendo la dicha que gozais con ser esclavos de Jesu-Christo, os dedicaréis gustosos á servirle. No fixeis la vista ni el deseo en las cosas terrenas: no arrimeis vuestros labios al delicioso impuro cáliz de Babilonia: porque será cosa lastimosa, decia san Agustin, que por un momentáneo deleyte vendais al demonio el alma que compró Jesus á tanto precio. Será cosa lastimosa, que la sangre del Señor malograda por vuestra culpa se vuelva contra vosotros y por cuenta de conciliaros la misericordia del eterno Padre, irrite su justicia. Y así, quando mas asaltados de torpes pensamientos, poneos junto á la cruz, y cubiertos con el manto de María madre y señora nuestra, tomad de sus manos, y bebed la sangre que sale de las fuentes del Salvador: fortalecidos con ella venceréis al demonio y sus tentaciones, y adornados con su púrpura entraréis triunfando en la gloria, que os deseo. Amen.

DE NUESTRA SEÑORA DEL CÁRMEN.

Beatus venter qui te portavit, & ubera quæ suxisti.
Luca c. XI. v. 27.

I Al mismo tiempo que se entibia ó disminuye la piedad y devoción de los christianos, para que no se acabe y extinga del todo, se multiplican en la christianidad las sagradas festividades. En los primeros siglos de la Iglesia eran innecesarios estos estímulos y fomentos: porque estaban los christianos muy propensos al divino culto, siendo para ellos todo el año, segun escribia el Máximo Gerónimo ¹, una no interrumpida eterna festividad: *Nobis qui in Christum resurgentem credimus est iugis & æterna festivitas.* Todos los dias eran festivos, ó dias de fiesta, no porque cada uno de los fieles no se empleara en el ministerio propio de su estado: pues sabemos que Tertuliano manifestó al emperador de Roma, que eran los mas laboriosos entre sus vasallos, y leemos que san Pablo vivia del trabajo de sus manos; sino porque las horas que otros concedian al descanso ó á recreos ménos decentes, ellos las empleaban en los mas santos exercicios de piedad. Tenian consagrados á Dios todos los dias de la semana, siéndoles feriado ó prohibido todo profano comercio. De aí nace en sentir del cardenal César Baronio, que se les diera el nombre de ferias; los que á mi juicio, bien pudieran entónces llamarse domingos ó dias del Señor, aun aquellos, en los cuales se veneraba la memoria de María señora nuestra y de los santos: porque los sagrados cul-

(*) Predicado en su convento de Valencia á 16. de Julio de 1739.

¹ S. Hier. *Epist.* 151.